

11(175-29 p2)



LOS
BUENOS DIAS
Omar Lara

DA

Omar Lara / Los buenos días

© Ediciones de Poesía Trilce.

Primera edición, 1972.

Derechos reservados, inscripción N° 39.939.

Portada, diagramación y cuidado de la edición a cargo de Waldo Rojas.

Impreso en los Talleres de

EDITORIAL UNIVERSITARIA

San Francisco 454

Santiago-Chile

Los Buenos Días

por

Omar Lara



Ediciones de Poesía Trilce
Valdivia, Chile
1972

A la memoria de
Mario Sáez Martínez,
compañero en los lejanos
increíbles días de Imperial.

*Y ahora, buenos días a nuestras almas que despiertan,
y que por temor no se miran una a la otra*

JOHN DONNE

Fotografía

Ese de la derecha, en cuclillas, debajo de la barbita
de Lenin,

ese soy yo.

Es en una ciudad que vi y no vi,
tal vez estuve en ella, esta fotografía me inquieta,
debo averiguar hasta qué punto yo soy en esa imagen.
Anduve dando tumbos en esa ciudad.

Despertaba en la noche y me encontraba en ella,
con esfuerzo volvía a la realidad. Incluso tuve amores
con una muchacha, hasta que me confesó
ser sólo un espejismo. Desde entonces
evito salir sin un plano, ahora último repleto mis
bolsillos

con pastillas de variado uso
y de vez en cuando me inclino sobre el pasto y huelo,
porque reconozco, de veras, el olor de las calles que
conozco,

y distingo debajo de la lluvia, por el sabor del barro
el lugar donde estoy.

Miro esta tarde que perdí

Miro esta tarde que perdí
esta tarde limpia y brillante
no estoy en ella sin embargo.
Es que de pronto me llegó
su soplo antiguo, delirante.
Me ví corriendo sobre el pasto
entre las margaritas de Imperial
bajo álamos y eucaliptos.
Miro esta tarde que perdí,
robábamos frutas en las quintas
apedreábamos el aire
nos revolcábamos en el trigo.

Y era en tardes como ésta.

Día de verano

Este ojo hiriente sanguinolento
es lo único real
este fruto deshecho descolgándose
presuroso
dispuesto a jugarse una última carta
cuando las sombras que su aniquilamiento
indiquen
o su sagacidad
nos lo oculten a los humanos ojos.

Impulso

No sólo el pie en alzada, el ojo
círculo horador, perentorio en la búsqueda.
Una mano en resguardo, visera
y protección,
y en el espacio superior, como el otro
organismo que pretendes,
las antenas oteantes: dos alas
en activa actitud de comenzar
el vuelo.

Sobre una escultura de Carlos Olivarez

Ventana al día

Entré con paso firme, abandonado
de un espectro en el que creí ciegamente,
opulento en mi desaliñada circunstancia de guerrero
en desgracia.

Será temprano todavía: soy el puro y buen ángel
anodino, con una vergonzante bondad que todos
rechazan

al momento,

y que aparece fielmente por más que trato de
ocultarla

abofeteándola en secreto.

Y esta situación que no ha de durar me entristece,
como si a pesar de todo no estuviera mal
saber contemplar, sin matarla, esa mosca
que corretea por el vidrio, mientras el viento
simula olas candorosas en los visillos.

Paisaje

Nuestra permanencia, a veces solos entre los muertos, a veces sangrienta permanencia entre precoces seres vivos, tiene de antaño apenas si una leve entonación melancólica, que nada puede hacer ante un presente que se le ha escapado y del cual también nosotros nos escaparemos sin remedio.

Y todo lo dicho, dicho está como a través de un velo, el velo de la maléfica pero también bondadosa entonación de lo que, decantado, persiste, y que hemos logrado rescatar a través de un viento nocturno, revelador de una piedad inmensa que a veces sentimos por nosotros.

El desesperado

Opto a mejor vida, como todos,
mientras tanto,
remato mis tesoros por un
plato de lentejas
que, generalmente, devoro
con voluptuosidad.

II

Las bailarinas

Pretendes una aérea seguridad de la que íntimamente dudas. Lo que verdaderamente te impone es una ingenua-avasallante-sobrecogedora ansiedad.

Nunca el mundo te parecerá mayor.

Cualquier círculo es necesariamente traspasable.

Lo tuyo no es un espectáculo. Lo tuyo es un doble examen, un desafío y una inmolación en el cual el juego de la derrota y de la victoria se interfieren y subsisten por igual.

Segundo nacimiento de Julieta

Porque no podrá quedar sin alas
ese gesto tuyo de ordenar mis libros
o mi cuarto,
o tu actitud de llorar de improviso
como si te aletearan presentimientos o palomas
funestas.

He aquí cómo decidimos no mirar hacia atrás
para no convertirnos en espectros
de silencio y espanto.

Apenas con el único fin de salvarnos
transitoriamente
a pesar de nuestra enfermiza, espeluznante
ambigüedad.

He aquí la invalidez desterrada
esa que agujereaba los días antes de ti.

Todo absolutamente inventado
con el nombre preciso que traías
para cada cosa.

Hasta el temor al silencio

fue exactamente el temor al silencio;
igual el olvido o el odio
en esas terribles tardes
en que éramos capaces de odiarnos
y olvidarnos inútilmente.

Y vuelvo al hijo y a tu cuerpo
reconocible entre mil.
Tu cuerpo recorrido y conocido
como un mapa elemental, y en el cual
me sumerjo hasta lograr el ritmo de las cosas.
Vuelvo al hijo que se nos viene
de no sé cuánto amor atrás, maniobrando
sus antenas estupefactas,
imponiéndonos como un ineludible
dictador esos asombrados ojos tuyos,
obligándonos a prepararle
su pequeño espacio
su deslumbrada magnitud
terrestre.

Jugada maestra

Y a ni te pido que descanses, pequeñísima
impostergable mujer mía.
Porque esta broma del amor, esta
jugada maestra de sentirnos necesarios
ha ganado terreno, nos ha solicitado sabiamente:
nos hemos vuelto locos.

Hemos resuelto que esto es el amor.
Sólo falta saber cómo lo utilizaremos
de qué buena manera para todos
y antes que sea demasiado tarde.

Permanencia suya

De un lado, de algún lado
precipítase
su desolada permanencia.
Deshabitados de su rumor,
intercambiamos turbias señales
melancólicas,
en las que aletea, pertinaz,
una sombra,
su sombra.

III

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION CHILENA

Playa

Las mujeres semidesnudas y los hombres
carentes de imaginación nos reunimos
tranquilos a la caída de la tarde, cada uno
en su respectivo espacio.

Jóvenes audaces, mientras tanto, sacan machas del
mar,

*en actitudes sugerentes y malignas
que nos hacen empequeñecer.*

Algunas sombras aparecen y desaparecen impulsadas
por el vibrante olor que fluye de las olas
y yo me tiendo frente a una mujer
embarazada hace ya mucho tiempo.

Asedio

Mira donde pones el ojo
cazador
lo que ahora no ves
ya nunca más existirá
lo que ahora no toques
enmohecerá
lo que ahora no sientas
te ha de herir algún día.

Poderío

Atravesamos muros
y vemos debajo del agua
hablamos con seres de otras edades
y adivinamos el porvenir
encontramos una aguja en un pajar
y la perdemos oh dios.

Alguien viene a verme

Alguien viene a verme, adelante
está usted en mi casa, acomode
su desvalida humanidad.

Debería llamar antes de irse, salga por la ventana,
no deje que la toque, sea amable.

Abríguese, puede que llueva, esta ciudad es
imprevisible,

usted no la conoce, está de paso,

es fácil pescar esos catarros que no se curan
fácilmente.

Conozco un caso espléndido, si quiere le cuento.

Huellas

Pájaros audaces de otro recuerdo
vuelan en esta dirección, los sacudo en el aire,
desaparecen tragados por el aire.

Volamos todos enceguecidos, rodamos en este
crepúsculo.

En verdad es de noche, rodéanme escaleras
y sólo el viento permanece;
cércanme palabras desconocidas, las amarro a mi
recuerdo,

es decir, a aquello que sobrevivirá.

Todo es cierto en este momento.

No sólo la absurda ternura que me hiere.

Reincido en aleteo ciego

Desprendido de tu presente
de tu tierna inmediatez
hème sombra irrisoria, árido
cuerpo;
sin tu presencia restallante
hème enmohecida puerta,
hème astronauta de tu ámbito.

Reincido en aleteo ciego;
en la fuerza bruta de tus entrañas
reincido.

Amanecer en Niebla

Cubro con fiereza la imagen
que me he hecho de ti

sobre la arena, frente a monstruos
que en cualquier momento

emergerán de las profundidades
y de los que sabemos

sólo noticias fragmentarias
extrañas conchas, moluscos, algas

reblandecidas por el agua
y las soledades.

Estamos caminando por riscos
que se suponen de peligro mortal,

hasta somos capaces de arriesgar
cautamente nuestros cuerpos

aprisionados de pronto
por voces que no es necesario comprender.

Puente levadizo

La curvatura de la luz en la limpidez de los muslos.
En el resto de su cuerpo el escondite que los años
del amor resolvieron.

Todo aquello que no perdura esfúmase
necesariamente.

Porque no sólo la muerte es mortal.

Paisaje

Las telarañas han invadido las paredes de esta
pieza,
basta con mirar hacia arriba, se descuelgan por clavos
y cortinas.
A esas frágiles líneas portadoras del recuerdo
de una antigua ternura
como una bandera blanca ízome.

Cuarto

Entre las húmedas paredes de este cuarto
me repliego hacia ti.

Buzo del aire que respiras he rescatado
tu adorada perfidia, la hago
visión clara a tus ojos, te la demuestro en cada acto
y te amo miserablemente.

Este cuarto furtivo de sí mismo,
con sus límpidas grietas, con sus minúsculos
y extraordinarios insectos llenos de vida,
con sus ruidos establecidos a lo hondo del tiempo
y nosotros
perpetrándolo todo con nuestro pobre amor.
Y esta humedad que fluye.

Identidad

Frecuento con estrecha melancolía
el espacio vacío que me hiere;
establezco mis méritos de soledad,
calculo con eficiencia tus puntos vulnerables
y, mal que me pese,
a tu menor descuido me encierro en ti,
me huyo.

Fin de fiesta

Cerca de la difusa anécdota, despavoridos sus
creadores,
sopla el rumor, no obstante, su sombra deslizándose.
Mi jugada maestra te pido que descanses,
nos hemos vuelto locos en realidad.
Hemos resuelto que esto es el olvido,
los pequeños mortales sabrán qué hacer de él,
mi jugada funesta.

Andén

La figura que te despide
se confunde
en los últimos destellos de la luz neón.
Velozmente animados, postes, hilos
eléctricos, bancos deshabitados
se precipitan entre aquella figura
y la imagen de ti.
Todo lo cual ves como si fuera un film
y tú
un cómodo espectador y sumiso.

Vuelvo a tu redil

Tras el ventanuco las flores rojas
y su melancolía que ignoraba.
Ellas no intervienen en el pasado, lo nublan
como una sala llena de humo
y rumor de toses y conversaciones
nubla los rostros que están frente a ti.
No hay viento que empuje las ramas,
no hay voces extrañas que trasgredan esta suave
calma,
este rumor más espeso,
este modo de ir hacia ti, oh corazón
yo sé que tú persistes más allá de esta niebla.
Vuelvo a tu redil en la lucidez de esas ramas
mecidas ahora sí por el viento
que confirma tu ausencia.

Gestos

Tu poco original actitud de abandonarme
a tu suerte;
tus tristísimas maneras de hacer el amor
en los cines de barrio en los paseos públicos;
tu semilla que crece, sin duda, en este mismo
momento.
Lenta finalidad que desconozco.

Los días-luz

A Oliver y Alicia

En fin, lo que en ti construí, lo que te di
porfiadamente,
lo que hice en tu materia muerta incluso,
no fue sino la vida. No negarás, tirana, los esfuerzos
por restituirnos a una forma compacta,
la obstinada misión a que nos requerimos
dueños desprevenidos del presente.
Esto no quiere ser, no es, una reconstitución de
escena,
faltan los elementos de rigor, el terror que traías,
la desesperanza, mi vacío.
Pudiera ser que aquellos elementos tiren hoy
nuevamente
sus cartas en la mesa, nos tienten a pensar
será otra vez el terror y el vacío
despertándonos de pronto en la noche, cubriéndonos
de un frío maloliente.
Hay piezas desordenadas, lentos lechos calientes,
grandes piedras húmedas, lágrimas a flor de ojos,
o es el río mojándonos, o es la lluvia que no tiene
adonde ir.

Hay objetos con nuestros olores, lugares lejanos
aguardándonos, días en el futuro en que de pronto
se descubrirán nuestras huellas, y alguien que
oblicuamente
nos recordará unos segundos.
Hay sobre todo el estupor de la nada tras los poros
de tu cuerpo.

Objetos

Nos hablan de qué, de qué
naufragios provienen,
desde qué dilatada orilla
fatigosa nos mientan
estos objetos que nos unen
con una marca a carne fría.
Emiten sus olores, sus ruidos
peculiares.
Sombras veloces, párpados
en acecho.
Materia en tránsito.

Los habitantes de la tarde

Alguien aguarda en los edificios de la tarde.
Las mantas negras en las ventanas no pueden
significar sino señales
y los silbidos sin origen preciso y las mesas
donde hubo gente recién.
Me resigno a no acudir al llamado de estos objetos
en(los) que los habitantes de la tarde
han dejado su huella cálida:
dibujos diseminados, tazas humeantes,
signos escritos
con apurado esmero en las paredes.

La pareja

Resurgirán de sus cenizas que fueron
lo que ella amó, lo que él
aborreció con obstinada seguridad;
renacerán de sus cenizas como frutos
de una extraña ecuación, es posible que lloren,
que aquel lejano ser
sea una desvaída motivación.
Pero un día la lluvia
lavará
lo que pudo dejar ese fantasma.

La visita

Me aflige la piel en finísimas láminas
desgajándose. Veo cómo marchan mis células
a la decrepitud, cómo mi magra carne
se disuelve en el viento.

He recibido últimamente la visita
de una extraña mujer.

Algunas noches nos refugiamos en lugares
imprevisibles.

La humedad de su cuerpo y de la lluvia
han detenido momentáneamente la erosión de mi
carne.

Hasta cuándo, le digo.

IV

Los centros de la tierra

EsEsa calle pequeñita está llena de olores.
Está cerca del mercado, a un paso del río;
aquí estuve una vez, escribíamos versos en las
paredes,
todavía existe este local, está cambiado
pero existe.
Sitios habituales de la ternura,
no hay sitios eriazos en esta ciudad,
todo huele, palpita, todo ha sido habitado o lo será
por los únicos seres imaginables.

Calles sucias

Lo que una vez amamos nos pertenece
para siempre
(debí decirlo en una carta a fines de 1970)
ahora lo recuerdo mientras recorro calles
con restos de frutas y papeles inmóviles
y con altos faroles y sombras
y otras cosas confusas.

El enemigo

Es cierto que estoy prisionero
de algunas palabras precipitadas
y terribles
que proferí a propósito
de alguien. Alguien
con quien nos hicimos valientemente daño
y al que abrazaría de inmediato
si lo tuviera a mi lado.

La tierra prometida

Yaces en tierra firme
extraña a tu extenuada desesperanza,
confundida con la tierra que soez te fuera
cuando vivías y la necesitabas tantísimo.
En tardía congruencia te deshaces
y la tierra en que yaces
te es aún sorda y ciega.

V

Vallejo

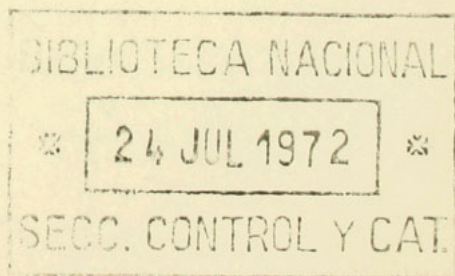
Tienes hambre en París animalejo melancólico;
los aires de Trujillo te hicieron mal,
París, qué hace París con el poeta bajado de los Andes
instalado de pronto en la rue Molière
desde donde cavilas y te enamoras.
Disputas diariamente con la vida que no te gusta
y sin embargo te gusta, herido como estás
de tantas cosas,
de Perú que te duele en pleno pecho,
de Santiago de Chuco revolcado,
de tu pulmón tan pequeñito cada día más.
Herido como estás de tu dolor tan cariñoso.

Malas palabras para Violeta Parra

No le escribo al cielo ni al infierno,
presumo no estará por esos lados
sino en algún lugar más o menos anónimo,
haciendo entre otras cosas el amor,
tejidos para el Louvre, una que otra canción
de soledad o guerra.

Violeta, luego que decidió pegarse un tiro
en esa carpa de la Reina,
todos cantaron cantos a su muerte
(pocos cantaron cantos a su vida).
Fuera de una defensa de su hermano Nicanor,
escrita cuando vivía usted, Violeta,
lo demás era paja molida.

Yo conozco muy poco de su vida,
fuera de que su cara me recuerda
las campesinas lentas de mi tierra,
yo conozco muy poco de su vida.
Y no podría hablar con propiedad
de lo que desconozco. Sin embargo
ese gesto tiernísimo de apretar el gatillo
(¿como desafinar una guitarra?)
llenó de notas vivas su figura.
Y no es que crea que la solución
es andar a balazos con el mundo
¿pero a quién se le puede reprochar
que se canse de tanta podredumbre?



Cúpleme dejar testimonio de reconocimiento a los cuidados y afanes que el poeta y amigo Waldo Rojas dispensó a este libro desde el primer momento.

Mi agradecimiento asimismo para Grínor Rojo por sus oportunas sugerencias en la revisión de los originales.

OMAR LARA

	I	37 Puente levelizo
Fotografía	11	38 Paisaje
Miro esta tarde que perdí	12	39 Cuarto
Día de verano	13	40 Identidad
Impulso	14	41 Fin de fiesta
Ventana al día	15	42 Andén
Paisaje	16	43 Vuelvo a tu redil
El desesperado	17	44 Gestos
	II	45 Los días-Luz
Las bailarinas	21	47 Objetos
Segundo nacimiento		48 Los habitantes de la tarde
de Julieta	22	49 La pareja
Jugada maestra	24	50 La visita
Permanencia suya	25	IV
	III	53 Los centros de la tierra
Playa	29	54 Calles sucias
Asedio	30	55 El enemigo
Poderío	31	56 La tierra prometida
Alguien viene a verme	32	V
Huellas	33	59 Vallejo
Reincido en aleteo ciego	34	60 Malas palabras para
Amanecer en Niebla	35	Violeta Parra

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL
23 DE JUNIO DE 1972
EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL UNIVERSITARIA
DE SANTIAGO, CHILE.
EN SU COMPOSICIÓN SE USARON
TIPOS BODONI CUERPOS 10 Y 14
Y LA IMPRESIÓN SE REALIZÓ EN PAPEL
ESTUCADO BLANCO.
SE HIZO UNA TIRADA DE 1.000 EJEMPLARES,
DE LOS CUALES SE SEPARARON 100 EJEMPLARES
NUMERADOS Y FIRMADOS POR EL AUTOR
PARA SER DISTRIBUIDOS POR SUSCRIPCIÓN.



